

Su Santidad

Papa Francisco

Domus Sanctae Marthae

Piazza Santa Marta,

00120 Ciudad del Vaticano

3 de Marzo, 2015

Muy querido Santo Padre Francisco:

Me llamo Juan Carlos Cruz Chellew y soy una de las víctimas del abuso sexual del sacerdote chileno Fernando Karadima. Santo Padre, me animé a escribirle esta carta porque estoy cansado de pelear, llorar y sufrir. Nuestra historia es bien conocida y no tiene sentido recordársela, basta contarle el horror de haber vivido este abuso y las ganas hasta de suicidarme. Sin embargo, en mi caso personal, mi amor al Señor y María, mi familia, mis amigos y mi país me sostuvieron para salir adelante. Después de algunos años del abuso, y por las amenazas de Karadima, me escapé de Chile y me vine sin nada más que mi título de periodista a Estados Unidos donde he llegado a ser ejecutivo de una de las empresas globales más importantes del mundo. Ellos me han apoyado mucho desde que mi caso se hizo público en los medios del mundo entero. Pero Santo Padre, no se imagina como echo de menos a mi país, mi familia, mi mamá viuda, mis hermanos y mis sobrinos a los que adoro.

Santo Padre, lucho cada día para que esa pequeña llama de fe no se me apague. Rezo y voy a misa los domingos. Hay gente que hasta me critica por hacerlo después que saben la historia que he vivido y ven en vivo y en directo el tratamiento que nos dan los obispos chilenos, en especial sus cardenales. Yo no tranzo y les digo que nadie puede quitarle a alguien lo más precioso que uno tiene, su relación con Dios y su fe. Veo con tristeza que mis compañeros de este horror y tantos otros que conozco no quieren ni bautizar a sus hijos. Los entiendo, porque usted no se puede imaginar el dolor que esto le causa a una persona y ellos han sufrido demasiado.

Santo Padre, una cosa es el tremendo dolor y angustia del abuso tanto sexual como psicológico al que fuimos sometidos, pero quizá hasta peor es el terrible maltrato que hemos recibido de nuestros pastores. Miembros del grupo de Karadima son los actuales obispos chilenos Juan Barros Madrid, Tomislav Koljatic Maroevic, Andrés Arteaga Manieu y Horacio Valenzuela Abarca. Ellos estaban cerca y a veces parados a nuestro lado cuando Karadima nos abusaba. Incluso Santo Padre, ellos eran tocados en forma muy inapropiada por Karadima, les daba besos y golpecitos en los genitales y ellos le correspondían. Sin embargo, ellos han mantenido una férrea defensa de Karadima, jamás nos han pedido un perdón sincero, es más, lo único que han hecho es seguir denostándonos y tratar de restarnos credibilidad aun cuando los hechos ya eran aceptados como verdaderos por el Vaticano y la justicia Chilena. Ahí siguen impunes en sus diócesis tratando de esquivar cualquier dardo que vaya en su contra y negando todo el mal que han hecho y el bien que han dejado de hacer.

En Enero se conoció la designación de Juan Barros Madrid como obispo de Osorno. Santo Padre, para mí y muchísima gente fue un verdadero shock que se hiciese ese nombramiento. Sabiendo todo lo que se sabe. Inmediatamente escribí una denuncia formal al Nuncio Ivo Scapolo a quien hemos tratado de ver y jamás ha tenido la cortesía de recibirnos a pesar de reiteradas veces tratando. Esta fue la carta que le mandé el 3 de febrero de 2015.

Su Excelencia

Monseñor Ivo Scapolo

Nuncio Apostólico en Chile

Estimado Señor Nuncio,

Junto con saludarlo, espero al recibo de la presente se encuentre bien. Monseñor, muchas veces hemos tratado de hablar con usted, ya sea junto a mis compañeros Jimmy Hamilton y José Andrés Murillo, o yo solo. Por alguna razón ha sido imposible. Cuando le mandé las fotos del padre Karadima, el padre Ortiz de Lazcano me prometió que usted nos contestaría, hecho que no sucedió.

Monseñor, no me sé todos los protocolos, pero hoy le escribo como un católico más que espera una respuesta del representante del Santo Padre y obispo ordenado para ayudar a los que sufren. He copiado al Santo Padre y a otras Congregaciones en el Vaticano.

Quería referirme al nombramiento del obispo Juan Barros a la diócesis de Osorno. Monseñor, quiero que esta sea una denuncia o testimonio formal por algo que me parece una tristeza enorme debido a todo lo que viví personalmente y muchos otros vivieron con el obispo Barros.

Conozco a Juan Barros desde el año 1980, desde que era seminarista y unos de los más cercanos al padre Fernando Karadima. El problema no es que haya sido cercano a Karadima, como mucha gente crítica, hay muchos que lo fuimos y nos vimos abusados, utilizados y otros hasta arrepentidos se alejaron. Juan Barros fue un hombre, un seminarista, un sacerdote y un obispo que hizo todo el trabajo sucio de Fernando Karadima. Como seminarista y bajo los movimientos e influencias de Karadima, y después de haberle hecho la vida absolutamente imposible al padre Benjamín Pereira, rector del seminario a fines de los 70 y principio de los 80, Juan Barros se fue como secretario privado del cardenal Juan Francisco Fresno, influido por Karadima.

Monseñor, yo veía y oía las órdenes que Karadima le daba para conseguir cosas del cardenal Fresno. Logró que monseñor Fresno lo ordenara sacerdote nada menos que en la Parroquia El Bosque, en 1984. Fui testigo de todo el politiquero que hubo para que eso se lograra y fuera una especie de afrenta al padre Pereira y a todo el clero de Santiago, que no se atrevía a decir nada. Una vez conseguido eso, siguió una seguidilla de nombramientos hechos por el cardenal Fresno y que eran manipulados desde El Bosque. Gracias a la información que Barros le proporcionaba ya que tenía acceso a todo en la arquidiócesis y en general en la Iglesia en Chile, Karadima siempre contaba con la última información y andaba varios pasos adelante que los mismos obispos y para qué decir del clero. Lo sé porque lo vi y lo oí. Nombramientos como el de Andrés Arteaga, de diácono en tránsito al sacerdocio a formador del

seminario, o el de Rodrigo Polanco, de seminarista de último año a formador del propedéutico, entre otros. Para qué decir lo que ocurría a sacerdotes que estaban en la lista negra de Karadima. Yo lo oía hablar con Juan Barros y planear estrategias para acusarlos.

Francisco Gómez Barroilhet testificó en el juicio contra Karadima que entregó una carta a Juan Barros en el año 1980-1981 que contenía acusaciones de abusos, para que el cardenal Fresno hiciese algo. Esa carta, dice Gómez, nunca llegó a manos del cardenal y testigos cuentan que Juan Barros la habría destruido. Cada vez que alguien trataba de hablar, Juan Barros, Tomislav Koljatic, Horacio Valenzuela y Andrés Arteaga, entre otros, nos amenazaban o trataban de destruir nuestras vidas.

Monseñor, yo era amigo de Juan Barros, muchas veces fui a misiones con él y, específicamente, me pedía que yo estuviese en su grupo. Es por eso que sé tanto y que vi y además oí tantas cosas, puesto que siendo cercano a Karadima y amigo de Barros oía cosas por ambos lados. Juan Barros me conocía y apreciaba mucho y tuve durante años accesos que otros no tenían.

Cuando en 1987 decidí no ir más al El Bosque ni estar cerca de Karadima, por las razones ya conocidas, y como he declarado en los juicios canónico y penal, se desató toda la maquinaria que Karadima tenía cada vez que uno de sus cercanos se alejaba. Por miedo a que contase algo de lo que se vivía al interior de El Bosque, esa persona tenía que ser destruida.

La noche anterior, el 25 de Octubre de 1987, Karadima llamó a una “corrección fraterna” contra mí. Un eufemismo para un verdadero juicio. Participaron Karadima, presidiéndolo, y doce personas más, entre ellos Juan Barros, como testifiqué y quedó constancia y fue comprobado como verdadero en los juicios penal y canónico. Todos sentados alrededor de una mesa y yo en una silla un poco alejado de la mesa, como un tribunal de la inquisición. Karadima me amenazó con contar cosas que solo él sabía bajo secreto de confesión si yo no “mejoraba” y le hacía más caso y obedecía en todo. Yo miraba con desesperación a los que creía eran mis amigos, pero me ignoraban, es más, le echaban más leña al fuego con acusaciones que enfurecían a Karadima, como que yo era amigo de otros sacerdotes que no eran de El Bosque y que me confesaba con ellos entre otras que hoy suenan ridículas, pero que a mí en ese momento me destrozaban.

Una vez terminado “el juicio”, Juan Barros y otros se me acercaron para decirme que hiciese caso y que me iría bien. Sin embargo, llegué al Seminario esa noche y le conté todo al padre Juan de Castro, el rector, y a mi director espiritual, monseñor Vicente Ahumada. Ellos me acogieron con mucha caridad -ya que fueron testigos de mi angustia- y me ayudaron a pasar esos primeros días, ya que cuando se supo que yo conté todo, Karadima, a través de los formadores Arteaga y Polanco, dio orden de que nadie me hablase nunca más y empezó la máquina para destrozarme como yo había visto hacer con otros. El padre Arteaga me dijo textualmente: “No sabes el daño que has hecho y esto te va a costar”. Más o menos lo mismo que le dijo a José Andrés Murillo cuando ya era obispo y estaba en la Universidad Católica y éste le fue a hablar de los abusos de Karadima y Arteaga lo amenazó con que si hablaba le mandarían un ejército de abogados.

Como si el sufrimiento que yo estaba viviendo fuese poco, se concretó a través de Barros que escribieron una carta al cardenal y al rector del seminario para que me echasen por homosexual. Solamente

Karadima sabía, en secreto de confesión, mis angustias con ese tema y los detalles de situaciones de las que yo había sufrido mucho, hecho penitencia y de las que estaba tremendamente arrepentido. Nada tan tremendo, diría alguien hoy, pero en esos días yo me habría suicidado si se llegaba a saber. Juan Barros “misteriosamente” se enteró de esos secretos y además le agregaron de su propia cosecha, lo que plasmó en una carta escrita a mano en tinta negra que le mostró al cardenal Fresno y luego llevaron al Seminario. Algo que sólo Karadima sabía en secreto de confesión y que llegó a Juan Barros, que lo trató de usar para mi destrucción. Los padres De Castro y Ahumada leyeron la carta y me citaron en la oficina del padre Ahumada. Me dejaron leer la carta y me di cuenta que mi secreto de confesión estaba escrito en esa carta, pero que además había muchas cosas que inventaban y agrandaban. Yo les dije toda la verdad a los formadores y ellos me creyeron y hablaron con el cardenal, el cual optó por dejarme en el seminario, del cual salí dos años después por decisión mía, ya que me di cuenta que no tenía vocación y que aunque la tuviese, no daba más con la constante presión y agresión de Karadima a través de sus seguidores, en especial Juan Barros.

Monseñor, estas son cosas que vi, oí y me pasaron a mí. No son de segunda mano. Es más, se corrobora durante un careo que me hizo la jueza González -que llevó el juicio penal- con el laico Guillermo Ovalle Chadwick, cercano a Karadima y amigo de Juan Barros, que testificó que había oído como Juan Barros y Karadima hablaban de que había que echarme del seminario y sacarme de circulación.

Señor Nuncio, también testifiqué, además de estos hechos, de los que puedo profundizar y detallar más si usted así lo requiere, cómo yo veía al padre Fernando Karadima y a Juan Barros besarse y tocarse mutuamente. Generalmente, más de parte del padre Karadima venían los toqueteos en los genitales por encima del pantalón de Juan Barros, al igual que hacía con el hoy también obispo Koljatic. En el caso de Juan Barros, éste jugaba a una especie de celos entre sus más cercanos y se turnaban por sentarse al lado de Karadima, estar solos con él en su cuarto y desplazar a otros. Como yo era bastante menor, veía esto entre horrorizado y a la vez paralizado, ya que yo estaba viviendo mi parte del abuso de Karadima, lo que ya fue comprobado en los juicios canónico y penal. Juan Barros se sentaba en la mesa al lado de Karadima y le ponía la cabeza en el hombro para que lo acariciase. Disimuladamente le daba besos. Más difícil y fuerte era cuando estábamos en la habitación de Karadima y Juan Barros, si no se estaba besando con Karadima, veía cuando a alguno de nosotros, los menores, éramos tocados por Karadima y nos hacía darle besos diciéndome: “Pon tu boca cerca de la mía y saca tu lengua”. Él sacaba la suya y nos besaba con su lengua. Juan Barros era testigo de todo esto y lo fue incontables veces, no solo conmigo sino con otros también.

Al ser interrogado, Juan Barros, al igual que los otros obispos, negó haber visto esto y lo atribuye a una especie de vendetta en su contra y en contra del padre Karadima. Monseñor, esto lo he hablado, contado y dicho innumerables veces, hasta en los juicios canónico y penal, pero hoy lo hago como una denuncia ante usted, porque creo que el Santo Padre no sabe estos detalles, ya que si es cierto todo lo que está diciendo, hombres como Juan Barros no tendrían que estar a cargo de una diócesis. Juan Barros ha encubierto todo lo que le cuento, señor Nuncio. Lo testificaré también en el juicio civil en marzo.

Espero se reconsidere este nombramiento, que más que unir a los católicos, tan separados por el daño que se nos ha hecho mediante el abuso sexual y el encubrimiento, nos separa aún más y contradice todo

lo que está saliendo de la boca del Santo Padre. Hay tantos sacerdotes buenos que podrían ser grandes pastores, pero no hombres encubridores como Juan Barros.

Juro ante el Señor y Su Santísima Madre que todo lo que digo en esta carta es verdad. Quedo a su disposición si necesita más detalles o profundizar en algo.

Confiado en el Señor, me despido respetuosamente y atento a su respuesta.

Juan Carlos Cruz Chellew

Al salir sus declaraciones Santo Padre diciéndole a los obispos y cardenales que no encubriesen, me atreví una vez más a llamar a la Nunciatura en Chile. Le pregunté a la secretaria del Nuncio en qué iba la denuncia. Ella me prometió devolverme el llamado. Lo que hizo el 13 de Febrero. El mensaje textual del Nuncio a través de su secretaria fue el siguiente: “No hablo más sobre el obispo Barros. Además no hay más comunicación con usted.” Incluso la secretaria Santo Padre se notaba avergonzada con este mensaje. Le di las gracias y me quedé decepcionado una vez más.

Sin embargo, me empezaron a llamar fieles y sacerdotes de Osorno y les dije que tenían que ser ellos los que siguieran la lucha para que un obispo encubridor no llegase a Osorno y que ojalá usted nos oyese. Así ha pasado.

Santo Padre, Juan Barros niega haber visto nada. Sin embargo, somos decenas los que podemos atestiguar que no sólo estaba presente cuando nos abusaba Karadima, sino que además se besaba con el sacerdote y se tocaban. Al igual que los otros tres obispos Tomislav Koljatic, Horacio Valenzuela y Andrés Arteaga.

A pesar de todo, Juan Barros asumió. Todos teníamos esperanza en usted, en sus palabras de tolerancia cero. Quisimos creer que usted no estaba informado, pero todos nos dicen que usted estaba completamente informado. Yo sigo teniendo esperanza en que usted hará algo por tantos y tantas víctimas de abuso en Chile y en el mundo. Esto no se acaba con un perdón ligero. El Nuncio Scapolo nos insulta diciendo que somos una “minoría bulliciosa” y obispos básicamente se ríen en nuestras caras.

La situación de la Iglesia Chilena ya no da para más. Las últimas encuestas dicen que casi un 80 por ciento de las personas en Chile tienen poca o cero confianza en la Iglesia. Nadie quiere eso.

Querido Santo Padre, yo no soy nadie para decirle a usted a quién nombra en un cargo o en otro, pero el nombramiento del Cardenal Francisco Javier Errázuriz a su pequeño comité fue un duro golpe para muchos de nosotros e incluso a muchos chilenos. Él paró investigaciones, ignoró acusaciones, se asesoró con los discípulos de Karadima creyéndoles a ellos y nos hizo la vida imposible sin ningún atisbo de compasión, hasta mintiéndonos e ignorándonos. Le rogamos al cardenal de la mejor y más respetuosa forma que se reuniese con nosotros y nunca quiso. Imagínese que cuando usted lo nombró en su comité, los periodistas le recordaron las críticas que había en contra suya y él, entre risas sarcásticas dijo “No me preocupa lo que digan ellos. Aparentemente no es lo que piensa el Papa”. Una frustración y crueldad que uno jamás se imaginaría. Lo mismo ha hecho el Cardenal Ricardo Ezzati. Él fue parte clave en nuestro caso cuando fue obispo auxiliar de Santiago, José Andrés Murillo le dio una carta firmada en

el 2003 y nunca hizo nada, pero aseguró que algo haría. José Andrés se juntó con él y buenos sacerdotes jesuitas también hablaron con él. Su inacción, que él hoy niega, permitió que Karadima siguiese abusando. Los mismos abusos cometieron otros sacerdotes Salesianos donde incluso hay una víctima, Ricardo Harex, que continúa desaparecido y su cuerpo jamás se ha encontrado ya que el sacerdote protegido por el Cardenal Ezzati se suicidó en el 2011. Le pedimos ayuda pero él en lo último que piensa es en las víctimas. Es más, en sus últimas declaraciones respecto de nuestros alegatos dijo: “hay que dejar que los pájaros canten”. Nos re-victimizan una y otra vez y muchos ni se atreven a denunciar porque piensan que los van a tratar como nos tratan a nosotros. Creo importante mencionarle Santo Padre que no hay una sola víctima de abuso en Santiago que esté agradecida y conforme con las autoridades de la Iglesia. Todas han sido re-victimizadas con un tratamiento duro y lejano. Vemos con tristeza el doble estándar que se usa con Chile y lo que pasa en otros países como en la situación de Granada.

Nada de lo que pide usted, Santo Padre, se hace en Chile. Su “tolerancia cero contra el abuso” no se aplica en Chile. No es necesario que me detenga acá, puesto que es cosa de ver lo que ha pasado en el país en este tema. Apoyo a las víctimas, incluso con psicólogos, jamás. En fin, los obispos de Chile encabezados por los cardenales Errázuriz y Ezzati parecen vivir en un universo paralelo. Es cosa de ver las encuestas y darse cuenta que la iglesia y parroquias en Chile están lejos de verse como “casas seguras”, todo lo contrario. Nadie cree que en Chile los obispos encabezados por sus cardenales piensan “que la Iglesia no escatima esfuerzo alguno para proteger a sus hijos, y tienen el derecho de dirigirse a ella con plena confianza, porque es una casa segura”. Y menos que las víctimas “podrán contar con la aportación de servicios psicológicos y espirituales”.

Santo Padre hay tantas víctimas silenciosas que conocemos, otros se han suicidado, otros ni le han contado a sus esposas que fueron abusados. Cuando oímos palabras como las del Cardenal Ezzati, duele hasta lo más profundo. Yo sé que el obispo es el que finalmente aplica justicia en estos casos de pedofilia comprobada. Sé también, por ejemplo, que en el caso del sacerdote Cristián Precht, el Vaticano pidió la misma sentencia que Karadima o expulsión del estado clerical. El Cardenal Ezzati después de ver esta recomendación aprobada también por el Vicario Judicial, el Padre Jaime Ortiz de Lazcano, decidió darle sólo cinco años de suspensión de ministerio público. Unas vacaciones pagadas fue el mensaje que recibieron los católicos chilenos después de comprobársele los abusos a menores.

El Sacerdote Legionario de Cristo John O'Reilly, condenado por la justicia chilena por abusos reiterados a al menos una menor e inscrito en el registro nacional de pedófilos. Sigue oficiando como sacerdote sin ningún castigo de la Santa Sede. Nadie respeta la “tolerancia cero” que Usted pide.

Como éste, hay varios ejemplos que sé porque muchos sacerdotes nos confían este actuar que el público no ve, como si yo y mis compañeros James Hamilton y José Andrés Murillo, los primeros que denunciarnos, pudiésemos hacer algo al respecto. Yo incluso he estado tratando de animar a sacerdotes de Santiago que son víctimas del desaliento más grande por la actitud primero del Cardenal Errázuriz y ahora del Cardenal Ezzati y sus cercanos. Le he pedido al Padre Jaime Ortiz de Lazcano, Vicario Judicial, que me cuenta parte de estos malos manejos y horrores y que es estrecho colaborador del Cardenal Ezzati, que escriba a las autoridades en el Vaticano pero no se atreve porque me dice que le puede traer

consecuencias muy duras. No se imagina la cantidad de sacerdotes a los que tengo que animar yo para que sigan fuertes en su fe... ¡no se atreven a hablar!

Entristece ver a hombres como el ex obispo auxiliar de Santiago, Cristián Contreras Villarroel, hoy obispo de Melipilla, que fue mi amigo desde que lo conocí en el seminario y hoy lo único que hace es participar en formas de cómo acallar nuestras críticas o pedidas de ayuda a estos obispos y tratar de negociar con nosotros en lo que creíamos de buena fe. Sin embargo, usando toda esta información, hace unos meses fue a la prensa para que nosotros y nuestro abogado quedásemos mal. Lo que resultó en todo lo contrario y quedó mal parada la Iglesia, cosa que era justamente lo que nosotros queríamos evitar.

Todo esto Santo Padre se lo cuento para que se haga una idea de cómo nos sentimos las víctimas de estos sacerdotes y el tratamiento que nos dan estos pastores en Chile. No queríamos hacer una demanda por la negligencia que ellos tuvieron, pero como nada pasó e hicimos todo lo humanamente posible para no llegar a esto, pusimos la demanda. Los cardenales no demostraron ninguna compasión y nos vimos forzados a hacerlo por nosotros y por muchos otros. No es en absoluto venganza, es para que otros puedan ser ayudados y de una vez por todas ojalá sanar esta terrible situación. Incluso frente a la justicia chilena el mes pasado, teníamos casi un arreglo con los abogados del cardenal y el Arzobispado de Santiago, tanto que el magistrado aplaudió nuestro esfuerzo. Sin embargo, al último momento, el cardenal dio orden a sus abogados de no aceptar. El magistrado quedó muy sorprendido y les dijo: “Me parece razonable lo que están diciendo los demandantes – que no era ni siquiera algo económico. ¿No ha sufrido mucho ya la Iglesia Católica Chilena? Su posición me parece demasiado soberbia y como no quieren ceder, iremos a juicio.” Un juicio Santo Padre donde se pasearán cardenales, decenas de obispos y sacerdotes de la Iglesia Chilena a vista de todo el país. Algo que se pudo haber evitado.

Nada cambia Santo Padre y el sentimiento general de muchos chilenos es que ellos se protegen entre ellos e ignoran cualquier llamada de auxilio o de reparación. La confianza de los católicos chilenos en la Iglesia sigue cayendo a niveles nunca vistos. Se ha convertido en el país más agnóstico de América Latina después de Uruguay según encuestas internacionales ¡No tiene que ser así! Nadie se alegra con esto. Yo sé que son mucho más los sacerdotes buenos que los malos, pero con estas actitudes y todo lo que se sabe del Cardenal Errázuriz, el Cardenal Ezzati, su ex obispo auxiliar Contreras, su ex Vicario Rodrigo Tupper y la impunidad con que viven los obispos Barros, Koljatic, Valenzuela, Arteaga, el tratamiento que se da a los sacerdotes sentenciados por pedofilia nada hace que las víctimas ni los católicos en general en Chile queramos volver a confiar en la Iglesia. Esta fama ya traspasa fronteras y en nada ayuda a esta reforma que usted quiere hacer en la Iglesia y en la que estamos todos esperanzados.

Santo Padre, nosotros venimos de familias que nos han apoyado y tenemos buenos trabajos por lo que hemos podido llegar a un buen abogado. Los chilenos saben que teníamos todas las de perder y nada que ganar. Decidimos contar la verdad a cualquier costo. Ha sido fuerte porque James y José Andrés tienen hijos y yo sobrinos y cómo le explica uno este horror a estos niños. Sin embargo, valió la pena porque después de años y muchas calumnias provenientes de la misma Iglesia y sus pastores, sacamos a un hombre malo de circulación activa y se afrontó el tema que a su vez sacó a otros aunque no debidamente castigados. Lo que pasa es que hay muchísimas víctimas que conocemos que no se atreven a contar sus casos porque vienen de lugares muy pobres o donde culturalmente -- aunque no

tengan la culpa – la vergüenza es tremenda y las repercusiones de contar algo así son brutales. Por lo tanto callan. En Chile, nuestros pastores no hacen nada hasta que se ven con los periodistas en la puerta de la casa o ya la verdad se hace insoportable. Eso no puede ser.

Santo Padre, usted es una luz de esperanza para mí y sé que para miles. Cuando lo vi salir recién elegido Papa tuve una gran esperanza de cambio, de que nos oirían. Sin embargo, las cosas siguen casi peor lideradas por hombres como los cardenales que le mencioné. Ahora vamos a un juicio que no queríamos y donde nadie tiene la energía de seguir peleando, pero tenemos que hacerlo por otros a los que callan y les ponen el pie encima. No sé si esta carta llegue algún día a sus manos, ya que el Cardenal Ezzati ha logrado evitar que nos reunamos con el Nuncio quién en un momento prometió ayudarnos y luego desapareció y hasta me insultó con su mensaje último. Pero si le llega, le ruego con toda humildad que considere lo que le cuento. Ellos, como Karadima, nos dicen que queremos destruir la Iglesia. Nos consideran sus enemigos, a nosotros y a los sacerdotes que se nos han acercado. Es todo lo contrario Santo Padre, aunque sí estoy herido y dolido, sigo tratando de proteger la poca fe que me queda porque no sabría qué hacer sin el amor del Señor y su Madre María. En cada entrevista trato de decir que son más los hombres y mujeres buenos en la Iglesia. Sigo la marcha, y aunque cuesta querido Santo Padre, trato de no caer en la tristeza y la desesperanza ya que ruego que alguien como usted podrá hacer algo. Espero, si Dios quiere, algún día visitarlo y personalmente darle un abrazo. Cuando usted lo determine apropiado en privado o públicamente, pero quiero contárselo personalmente. Siempre rezo por usted. Por favor ayúdenos. Quiero desesperadamente creer en usted y mantener mi fe. Todo lo que ha pasado en los últimos años y en los últimos días me dice lo contrario. Por favor Santo Padre, no sea como los demás. Somos tantos los que a pesar de todo creemos que usted puede hacer algo. Valoro mi fe, es lo que me sostiene, pero se me va.

Me encomiendo a sus oraciones y me despido respetuosamente,

Juan Carlos Cruz Chellew